

El elogio de los oficios

Fue en el pueblo de Ipiales, en Colombia, muy cerca de la frontera con Ecuador, donde compré un par de libros que he leído y releído muchas veces. Uno se titula "Elogio de los oficios" y el otro "Cosas elementales". De ambos es autor Carlos Castro Saavedra, y los dos fueron impresos en la editorial Boudot, de Medellín, en 1965. Siempre tuve como una extraña suerte, como un privilegio, el poseer estos libros y compartir de alguna manera la inmensa humanidad de sus contenidos. Hoy lo hago espigando en los textos dedicados a los oficios que el autor analiza desde una inéclita perspectiva humana. Por ejemplo, en su elogio a los pintores, maestros de brocha gorda, dice que "sus canchales, nevadas en un principio, se vuelven multicolores con el paso de los días y semanas y los briznas de pintura que van quedando en ellas". Agrega que sobre los remiendos saltan gotas lilas, cobrizas y granates y que, en la tela gastada por el sudor, en pequeños plumas grises y doradas, hasta que, a la postre, parecen pedazos de una bandera universal. Y agrega que "antes de pintar plet y limpian la madera, la redimen y santifican, la preparan en suma, para recibir la comunión de los colores".

Al referirse a las costureras dice que en los pueblos y ciudades del mundo, hasta muy avanzada la noche, se ven pequeñas ventanas iluminadas tras las cuales las máquinas de coser hacen su trabajo, gobernadas por mujeres pobres, cuyas manos son hábiles en estos menesteres, además de sabias en las tareas del amor maternal. Muchas veces hacen su oficio hasta el amanecer. "Son valientes y humildes y con las puntas de sus

pestañas se defienden del sueño que amenaza con doblarlas sobre las máquinas en medio del trabajo nocturno".

De los barrenderos, Carlos Castro Saavedra dice que las escobas son como la prolongación de sus brazos. Los hombres del aseo madrugan para barrer. Ellos son el anticipo del sol y, si no brillan como éste, llenan las calles de resplandores mientras "como lenguas doradas, las escobas lamen el borde de las aceras, el cemento y el asfalto, los ángulos de los esquinas y el lomo de las avenidas".

En su elogio a los panaderos, Castro Saavedra dice que son gente simple y buena. Y que, cuando las campanas empiezan a llamar a misa y a despertar a las golondrinas de los campariros, se inclinan sobre la masa, como sobre la vida misma y abren las manos entre la harina mojada. Agrega que las panaderías perfuman el mundo, que el viento lleva el olor del pan y lo derrama por todas partes. "sobre el pecho de vidrio de los ríos cuando el viento viaja con el aliento del pan, mientras la masa recobra en el horno su original color de tierra".

De la alfarería, dice Castro Saavedra que existe desde que el mundo es mundo "y desde mucho antes, si se quiere, porque Dios fue el primer alfarero, porque sus manos, con barro, amasaron al primer hombre". Los alfareros auténticos son los que se enamoran del barro y se pasan la vida acariciándolo con los dedos, convirtiéndolo en obra de arte, en testimonios humanos, en objetos que conservan siempre el calor de la sangre. Y agrega que "los alfareros, como los amantes, vencen la resistencia de la tierra amada y sacan de ella el

2063094

hijo de sus sueños".

¿Y qué dice Castro Saavedra de los pescadores? Entre otras cosas, que nacen en cunas de espuma donde las olas los arrullan, los mecen y los bautizan con la sal de sus entrañas. Hay gran aptitud en las manos de los pescadores. Cuánta paciencia para hacer su trabajo, desde que comienzan a tejer las redes, hasta que éstas se llenan y, pesadamente, vuelven a la superficie. Cada nudo lo hacen con destreza, con gracia. Y también con eficiencia para que el pez enredado en los hilos no se escape.

De la minería dice el escritor que es un camino entre la tierra. Un camino estrecho y oscuro por donde el hombre llega hasta los metales. Hasta los minerales que la tierra amasa con sus manos mojudas. Entre los mineros y las estrellas que persiguen, siempre está la noche. Ellos tienen un sentido del valor que sólo se compara al de los héroes de leyenda. No retroceden jamás. Su combate con la tierra es tan viejo como la tierra misma. Desde que el primer hombre, lemeroso y oscuro, comenzó a refugiarse en las cavernas. Y agrega Carlos Castro: "Cuando los mineros abandonan los socavones y el cielo los recibe con pájaros, con un aplauso de alas, es como si retornaran desde la muerte, como si todos resucitaran en los brazos de sus mujeres. Y viene después la minería del amor, donde cavan los cinos, suavemente, y despiertan al hijo que habrá de prolongarlos en los arrugas de la tierra".

Carlos Castro Saavedra, con la poesía de su prosa, nos ayuda a olvidar la violencia. La de su bella Colombia y la de todas las latitudes.

Hernán Muñoz Villegas.

000188796

el día, Concepción, 29-X-1991 p. 6.

El elogio de los oficios [artículo] Hernán Muñoz Villegas.

Libros y documentos

AUTORÍA

Muñoz Villegas, Hernán

FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El elogio de los oficios [artículo] Hernán Muñoz Villegas.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile